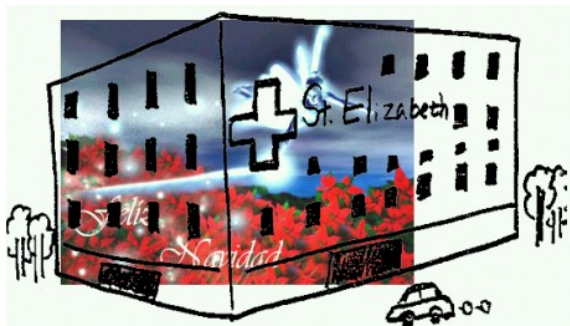
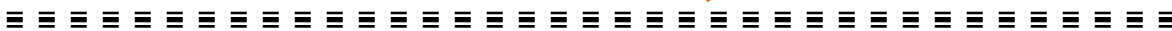


Hospital Navidad



Sala de mujeres. Sala antigua. Sala de madres, esposas, hijas, tías y solteras de toda soltería, que reposaban sus dolores y pesares, entre las viejas camas y los largos suspiros. Alineadas en largas hileras de quince camas a cada lado de un pasillo central, durante esa mañana de diciembre, la mayoría de los lechos permanecían vacíos y tan solo siete enfermas, no habían podido

marcharse hasta sus casas. La Nochebuena suele barrer de enfermos a los hospitales y depositarlos muy contentos, en sus casas. Magia y milagro que detiene enfermedades y suspende por un rato, el devenir de penurias y dolores. Magia y milagro, que hasta llena de presente la vida de aquellos que ya no tienen futuro.

Daniela, era una más de esas enfermas. Diecisiete años y un sarcoma en una pierna, extendido mucho más allá de la medicina y del deseo de curarla; arraigado en su vida, más allá de sus médicos y de sus enfermeras. Diecisiete años y solo conocía la felicidad de la embriaguez y de los sueños. Diecisiete años y una historia sin madre y sin un padre conocido. Diecisiete años y un pelear la soledad a cada rato, en cada rincón de su agitada vida. Diecisiete años y solo esa última Navidad, en su futuro.

Llevaba tres meses de internada. Cuando recién amanecía, ella solía esperarme sentada en la puerta de la sala y cuando me veía acercar, caminando mis años de guardapolvo blanco por esa larga calle interna del antiguo nosocomio, cojeando se adelantaba ella hasta mi y luego de un beso, me describía sus sueños transparentes y las imágenes etéreas que le habían llenado su almohada, en esas largas noches de hospital. Creo que no le importaba demasiado, que yo la escuchase... y acaso se sentía satisfecha, cuando de tanto en tanto, giraba mi cabeza para poder observarla mejor en su rostro de niña alegre y juvenil.

Dos enfermeras y yo, como médico, quedamos ese día de guardia en la sala de mujeres. Hospital de Nochebuena y Nochebuena de hospital. Tristes y prisioneros, nos sentíamos víctimas de nuestras queridas profesiones. Alejados de familias y descansos, alejados de regalos y de árboles de alegres navidades, alejados de luces y pesebres, solo se compensaba la tristeza infinita, con esa menor carga de trabajo, que el cielo nos había deparado en ese día.

- *¿Quién es Amalia Azucena?* - entró a la sala a media mañana y preguntando, Daniela, mientras alzaba su pequeño teléfono celular que blandía, como un premio. Una viejita de cara triste y respirar resignado, levanto su mano con sorpresa al escuchar su nombre. Cuando tuvo en su oído el aparato, sus cejas primero se fruncieron y luego se alzaron, estallando en un llanto de alegría, mientras que sus labios repetían: - *¡Hijo, hijito...! ¡Por fin te escucho...!* - Y siguió oyendo embelesada, como quien escucha la mejor de las

canciones celestiales y solo repetía como un eco: - *¡Que alegría, hijo! ¡Que alegría! ¿Vos estas bien...? ¡Que alegría...!*

- *¡Mi hijo, era mi hijo...! ¡Me llamó mi hijo desde México...!* - balbuceaba emocionada la anciana, cuando se interrumpió la comunicación. Ya no era la misma, pues ahora tenía inflamado su pecho de orgullo y destilaban sus ojos una alegría intensa, que nunca le habíamos observado.

Nos contagio a todos su júbilo rebotante y eso, se sumó a que Diana, una de las enfermeras, recibió un memorando firmado por el Director Médico del Hospital, donde se nos comunicaba que las guardias de Navidad y de Año Nuevo, iban a ser abonadas al doble de su valor habitual. La grata sorpresa inundó también nuestros corazones de satisfacción, hasta hacernos sentir felices de haber sido seleccionados para cumplir con esa guardia, mientras nos imaginábamos comprando regalos para compensar nuestras ausencias del hogar.

Y mientras se repartía la medicación de las diez de la mañana, irrumpió en la sala un cadete administrativo de la Dirección Médica, portando un sobre de color verde pálido. - *¿Para quien es...?* - le preguntó Daniela, con cara de ansiedad. - *Para... para... Matilde Ofelia Ba... Bardaval* - contestó el chico, acercando demasiado el sobre hasta sus ojos y proclamando su miopía - *¡Soy yo, soy yo...!* - gritó una cincuentona desde el fondo de la Sala - *¿¿Quién?! ¿¿Quién me escribe...?!* - preguntaba a viva voz, mientras se desesperaba por no encontrar una de sus blancas chinelas.

Y luego de un rato de silencios y de expectativas mal disimuladas, la sala hervía de curiosidad. Matilde se dio cuenta y no pudo contenerse - *¡Si! ¡Es él...! ¡Me pide perdón y quiere volverme a ver! Está en Francia... mi amor está en Francia, pero se arrepintió y quiere volverme a ver... ¡Viaja para acá en uno o dos meses!* - proclamó eufórica, pisándose en sus propias palabras, en esa mezcla de risas y de llantos arrebatados, de alegrías y tristezas brotando a borbotones, que provoca siempre la curación de una vieja herida, salada con recuerdos amargos. Al rato Matilde se había bañado, lavado la cabeza con un shampoo prestado y hasta se estaba peinando y maquillando, mientras se maldecía por no encontrar su espejo de mano.

Hacia el mediodía, el clima de la sala era muy diferente. Alegrías y proyectos se mezclaban, saltaban hasta el techo y terminaban revolcados por el suelo. Hablaban y hablaban, todas juntas y al mismo tiempo. Entre todas - incluso la viejita que recibió el llamado desde México - empezaron a organizar la cena de esa noche memorable. Daniela consiguió varios frascos vacíos de suero y de medicamentos, anudándolos con tubitos de plástico y pegándole recortes de revistas, con lo cual decoro espléndidamente la mesa en la que se serviría la festiva cena. Una de las enfermeras trajo del florido parque del hospital, varias ramas, pinas, helechos y flores, que artísticamente dispuestas, daban ese toque de distinción, capaz de despertar hasta la sana envidia de otras salas.

Más tarde, se sumó a la seguidilla de bendiciones que llovían sobre la Sala de Mujeres, la alegría de otra adolescente - Marisa - la cual ocupaba una de las camas cercanas a Daniela. Un enorme póster de su artista preferido, descansaba apoyando sobre la hundida almohada

de su lecho. Estaba dedicado y firmado de puño y letra, por el mismísimo cantante, el cual le prometía también llamarla por teléfono, cuando ella regresase a su casa. Ella lo tomó suavemente entre sus finos dedos, con la misma devoción que una madre lo haría con su recién nacido... Y todos nos quedamos mirándola con una sonrisa, cuando exclamó luego de un prolongado suspiro - *¡Ay, por Dios! ¡Soy tan feliz...!*

Una hora después, una de las enfermeras regresó del extenso “raid” que había realizado por el barrio que rodeaba al hospital, con los brazos llenos de paquetes de turrónes, cuatro enormes panes dulces, avellanas, maníes y nueces. La generosidad de algunos comerciantes, había superado nuestros mejores cálculos. Incluso dos botellas de chispeante sidra, debieron quedar transitoriamente disimuladas tras un árbol, pues sus dos brazos de mujer, no alcanzaron para que llegasen sanas y salvas, hasta nuestra alejada sala. Hubo que enviar refuerzos a rescatarlas, pero el brindis de las doce de la noche, quedó bien asegurado.

A la hora de la siesta, rompió el silencio el ronroneo del motor de la camioneta blanca de una conocida marca de sabrosos helados. Chocolate, vainilla, pistacho, limón, crema americana y quien sabe cuantos gustos más, se repartieron entre enfermas y enfermeras. Daniela se ofreció espontáneamente a firmar el remito y el “*señor de los helados*”, se marchó contento y satisfecho. Deben de haber estado realmente deliciosos, pues la mayoría se quedó raspando con su cucharita, el fondo de los envases de plástico.

A las dos de la mañana terminamos de cantar villancicos, chacareras, milongas y cuanto retazo de canción nos acordáramos - *¡Qué noche tan linda que pasamos! ¡Como nunca...! ¿No es cierto, doctor?* - me dijo la viejecilla que recibió el llamado de México, cuando realice la última recorrida de control y antes de apagar las luces generales... Solo Daniela se quejaba de un dolorcito en su pecho, tenía palpitaciones y le faltaba un poco el aire...

Recién una semana después que falleció Daniela, me enteré que había sido ella, quien había hecho llamar por teléfono a un internado de la sala de hombres, haciéndose pasar por el hijo de la viejecilla que llamaba desde México. Fue ella también, quien fotocopió y recortó las viejas cartas de amor de Matilde, armando una supuesta nueva carta desde Francia, en la cual su viejo novio le pedía perdón y le decía que quería volver. Fue Daniela también quien inventó que nos iban a pagar doble esa guardia de Navidad y también, quien había escrito el póster dedicado del cantante. Y fue ella además, quien pidió a nombre de la dirección del hospital, helados para todas las salas del enorme nosocomio. Dicen que era una deuda enorme y que el dueño de la fábrica de helados, seguía preguntando muy enojado, por el domicilio de Daniela.

El otro día miré el cielo por la ventana de la sala y juro, que la vi a Daniela sonriéndome como nunca, escondida entre las nubes. Me pareció que una vez más, ella estaba viviendo entre sus sueños transparentes. Festejo con nosotros su última nochebuena, entre fantasías y promesas... pero fue lo más hermoso que nos pasó a esas diez personas de la Sala de Mujeres.

- *Aquella Nochebuena, yo no lo cambiaria ni por un billete de cien dólares* - me dijo una de las enfermeras sonriendo, mirando conmigo aquel pedacito de cielo que

permitía la ventana, mientras guardaba en el bolsillo de su chaquetilla, doblándolo cuidadosamente, el falso memorando que prometía un aumento al personal de guardia en aquella Navidad y Año Nuevo. Daniela nos había dejado para siempre, su loco perfume de fantasías y de sueños.

Fin
Fin